

SEPTIMA REUNIÓN

ESPIRITUALIDAD CONYUGAL Y ORIENTACIONES DE VIDA

Segunda parte: Progresar en el amor al prójimo

En la familia el primer amor a cuidar debe ser el de Dios. Jesucristo es el Rey y Centro de nuestros corazones. Pero también tiene que estar muy vivo el amor de unos hacia los otros. En la familia, los miembros deben aprender a cultivar ese amor y también a «expresar» o «demostrar» el amor que se tienen mutuamente. Ahí radica la clave: no basta con amar a alguien; hay que hacerle llegar este amor, transmitirlo.

En realidad, en la inmensa mayoría de familias existe amor. Es difícil encontrar, por ejemplo, unos padres que no amen a sus hijos. Parece, por tanto, un principio muy elemental. Sin embargo, son innumerables los adultos que tienen problemas emocionales porque en su infancia no sintieron el amor de sus padres. Sin duda que éstos les amaron, pero fueron incapaces de transmitirles adecuadamente este amor.

La pregunta lógica es entonces: ¿Cómo transmitir el amor dentro de la familia? Veamos tres maneras fundamentales de vivir y expresar ese amor: las actitudes, las palabras y las decisiones.

ACTITUDES DE AMOR

En primer lugar, el amor se manifiesta a través de actitudes. Es la expresión no verbal del amor. Está muy relacionada con nuestra forma de ser. No consiste tanto en lo que hacemos -las obras del amor-, sino en cómo somos. Nuestro carácter destila actitudes que pueden ser de amor, de hostilidad o de indiferencia. Las actitudes son el espejo profundo de nuestro carácter y revelan, sin disimulo, el contenido de nuestro corazón.

Decía el apóstol Pablo que «somos cartas vivas» en las cuales los demás están siempre leyendo. Es por nuestra forma de ser que podemos «honrar a padre y madre», al cónyuge o a los hijos. Hay actitudes que son expresión de amor y que, a su vez, alimentan el amor en un «feed-back» admirable. Destacamos tres por su trascendencia sobre la estabilidad familiar y porque, a nuestro juicio, son las más necesarias en las familias hoy: la fidelidad, la confianza y la abnegación.

La fidelidad se ha plasmado de modo bellísimo en aquella memorable afirmación de Rut que ha pasado a la historia como una de las mayores declaraciones de amor familiar: *“No insistas en que vuelva y te abandone. Iré adonde tú vayas, viviré donde tú vivas; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; moriré donde tú mueras, y allí me enterrarán. Juro ante el Señor que solo la muerte podrá separarnos”* (Rut 1,16-17). ¿Puede haber una mejor demostración de amor que esta fidelidad incondicional? Ahí está la mejor terapia contra la ansiedad y la inseguridad de tantos esposos o esposas que viven atrapados en la incertidumbre de su relación conyugal futura.

Hoy la fidelidad matrimonial, en especial la idea del matrimonio para toda la vida, «hasta que la muerte nos separe» es objeto no sólo de rechazo, sino incluso de burla. Se prefiere la «monogamia consecutiva» (en expresión de un famoso político español). Desgarradoras y significativas son las declaraciones de una conocida actriz francesa: «Yo no sé qué hay que hacer para lograr mantener a tu lado al hombre que amas».

Algo funciona mal en nuestra sociedad cuando el más básico de los pactos, el pacto matrimonial, se toma tan a la ligera. Una sociedad no puede funcionar bien cuando sus miembros no tienen una mínima voluntad de cumplir pactos y promesas.

La confianza es consecuencia de la anterior. Cuando hay fidelidad, las relaciones familiares se caracterizan por una confianza mutua profunda, inquebrantable. No hay nada que temer, no hay motivos para la inseguridad. Y los esposos podrán confiar uno en el otro si han aprendido a confiar en Dios. El manantial que alimenta la confianza entre los hombres es, sin duda, la confianza en un Dios que dirige nuestras vidas y siempre es fiel.

¡Qué contraste más triste con la situación de muchas familias hoy! La confianza ha sido sustituida por los celos, a veces tan fuertes que son una de las causas principales de violencia doméstica. La desconfianza mutua es lo que lleva a muchos cónyuges a serios problemas en su relación. En casos extremos se llega a contratar a un detective para espiar y controlar los movimientos del cónyuge. Los celos no son expresión de amor, sino todo lo contrario: son expresión de falta de confianza en el cónyuge y también en uno mismo.

La abnegación es la tercera actitud que consideraremos. Negarse a uno mismo implica pensar en el otro, preocuparse por sus necesidades, por su bienestar. El Señor Jesús nos enseñó muy bien esta idea con la conocida «regla de oro»: *“Así, pues, todo lo que queráis que haga la gente con vosotros, hacedlo vosotros con ella; pues esta es la Ley y los Profetas”* (Mateo 7,12). En realidad la abnegación es algo tan sencillo como «amar a tu prójimo como a ti mismo». El primer lugar, el más natural, para poner en práctica este mandamiento es la familia. ¿Dónde queda mi autoridad moral para darme a los demás si tengo descuidada a mi propia familia?

La entrega generosa a mis seres queridos tiene un gran obstáculo: el egoísmo. Éste es el peor enemigo de la abnegación. El matrimonio no es apto para egoístas porque el egoísmo apaga poco a poco la llama del amor. La abnegación es una asignatura de la vida que se aprende ante todo en la familia: el modelo de padre y madre y la educación que ellos dan influirán mucho en nuestras respuestas de adulto. Por ejemplo, un hijo consentido tiene muchas posibilidades de ser un gran egoísta, como bien nos indica la Biblia: *“El muchacho consentido avergonzará a su madre”* (Proverbios 29,15).

Es curioso observar cómo el ser humano ha sentido la necesidad de dedicar determinadas fechas del año a recordar y homenajear a los miembros de la familia: el día del padre, el día de la madre, el día de los enamorados, incluso la Navidad se nos presenta como el día de reconocimiento familiar por excelencia. No tenemos nada en contra de tales celebraciones, salvo que en la

actualidad están fuertemente comercializadas y sujetas a una presión publicitaria excesiva. Pero ¿no es cierto que detrás de la necesidad de estas fiestas se puedan esconder sentimientos de culpa porque durante el resto del año hemos sido egoístas? No hemos tenido las expresiones de amor adecuadas dentro de la familia. La entrega de flores, de regalos, las palabras amables y los gestos de cariño o de ternura no deberían quedar relegados sólo a unas fechas concretas. Cada día del año debería ser el día del padre, de la madre o de los enamorados. En definitiva, de la familia.

PALABRAS DE AMOR

El amor se transmite con palabras. Es la expresión verbal del amor. No basta con tener actitudes buenas como las descritas arriba. Las palabras son el complemento necesario que viene a aderezar la buena comida que es el amor. *“Respuestas adecuadas alegran al hombre, resulta agradable la palabra oportuna”* nos recuerda el autor del libro de Proverbios (Prov 15,23). O también, *“Manzana de oro con adornos de plata, la palabra dicha a su tiempo. Anillo de oro y collar de oro fino, un sabio consejo a quien sabe escuchar* (Prov 25,11-12).

En una familia sana el diálogo surge de forma natural. La comunicación es expresión de salud en la familia y, a su vez, le añade más salud. Hablar, escuchar, dialogar constituye una de las formas más prácticas de amarnos unos a otros. Por desgracia, el fenómeno inverso también es cierto: la falta de comunicación expresa egoísmo y genera aislamiento y separación dentro de la familia. No es casualidad que una de las causas más frecuentes de ruptura matrimonial sea la falta de diálogo.

También ocurre entre padres e hijos. Una familia donde no se habla, donde nadie escucha, donde no hay pequeños espacios de tiempo para el compartir mutuo, es como una planta que poco a poco se va secando. ¡Cuántas familias hoy son como plantas que languidecen por falta de agua, el agua vital de la comunicación! Frases tales como «siempre estás en tu mundo», «cuando te hablo, pareces ausente», «con mis padres no puedo hablar porque no tienen tiempo para escucharme» son quejas frecuentes hoy.

¿Por qué es tan importante la expresión verbal del amor? La respuesta a esta pregunta nos lleva a un aspecto singular de la comunicación humana que no encontramos en los animales. Éstos ciertamente se comunican entre sí, sobre todo en ciertas especies; los delfines, por ejemplo, tienen unas formas de comunicarse realmente sorprendentes. También en los pájaros vemos cierto tipo de código acústico o de lenguaje. Pero no es la comunicación humana. ¿En que se distingue la comunicación de un delfín o de un ruiseñor de la comunicación de una esposa con su hijo o con su marido?

La singularidad de la comunicación humana viene dada por la capacidad de escuchar. Los animales pueden oír, pero el ser humano es el único capaz de escuchar. El oír es un acto mecánico e involuntario; escuchar, por el contrario, es un acto reflexivo que implica la voluntad, el deseo de hacerlo. Yo no puedo evitar oír, pero sí puedo evitar escuchar. Por ello, en la medida en que escucho a mi prójimo -esposo, hijo etc.- le estoy expresando interés, dedicación, en una

palabra, amor, capacidad de reflexión y de escucha -de escucha reflexiva- única en el ser humano, que es fruto de la imagen de Dios en nosotros y una de las formas más sublimes de amar.

Quisiera proponer aquí dos recomendaciones prácticas en forma de pequeños hábitos. Su puesta en práctica puede enriquecer la comunicación familiar de manera sorprendente:

- En primer lugar, apagar la televisión a la hora de comer. El sencillo acto de tener la televisión apagada durante toda la comida provee un marco precioso e insustituible para el diálogo en familia. La mesa es casi el último reducto de comunicación entre esposos o con los hijos. Los resultados sobre el bienestar familiar pueden ser de verdad sorprendentes.

- La segunda recomendación es más para los padres: buscar pequeños fragmentos de tiempo para estar con y por los hijos. Los llamaremos tiempos de dedicación familiar. Son momentos para estar con ellos, hablar, escucharles, averiguar sus necesidades, sus alegrías, sus penas, ponerse en su mundo. Pueden ser suficientes períodos tan cortos como 20 o 30 minutos tres veces por semana, pero han de ser momentos de dedicación exclusiva. No basta «estar con», hay que «estar por». Esta proximidad emocional de los padres produce cambios notables en el ambiente familiar y en la conducta de los hijos. Además es la mejor manera de prevenir adolescencias tormentosas. La misma sugerencia podemos aplicar a la relación entre los esposos: estos pequeños oasis de dedicación mutua serán vitales para mantener viva la relación matrimonial. Quienes lo han practicado reconocen, además, que es el mejor antídoto contra la rutina y el aburrimiento, grandes enemigos de la relación conyugal.

DECISIONES DE AMOR

La tercera forma de expresar el amor en la familia es la toma de decisiones. Las decisiones son el sello que rubrica nuestras actitudes y expresiones de amor, y las palabras. Podríamos parafrasear al apóstol Pablo en su célebre cántico de 1 Corintios 13 y decir: «Si muestro las mejores actitudes y no me faltan palabras de amor, pero no lo demuestro con mis actos y mis decisiones vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe». Las decisiones son la demostración del amor, en especial aquéllas que implican «estar al lado de».

Hay ciertos momentos en la vida en los que no son suficientes las actitudes o las palabras. Les llamamos momentos decisivos precisamente porque requieren decisiones. En último término, el amor se demuestra a través de las decisiones tomadas a largo de los años. En la vida de familia estas decisiones vienen a formar un poso que se va sedimentando en el fondo del matrimonio. Este poso acumulado puede ser para bien -cuando las decisiones fortalecen el amor- o para tensión y conflicto cuando contradicen el amor.

La puesta en práctica del amor familiar no es una opción, es un deber. Y no lo es sólo para los creyentes. Lo que hay en juego es el futuro de nuestra sociedad. Son muchos los problemas sociales hoy en cuyo origen aparece la ruptura de la familia. La violencia es, quizás, el mejor

ejemplo. En todas sus tristes variantes -violencia doméstica, delincuencia juvenil o incluso las guerras- encontramos un embrión de crisis familiar en su génesis.

Es interesante estudiar la vida familiar de dictadores sanguinarios como Stalin o más recientemente el yugoslavo Milosevic quien llevó a su país a las más oscuras páginas de violencia en Europa desde la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué vivió este hombre en su vida familiar? ¿Qué ambiente respiró su sensibilidad infantil y juvenil? El padre se suicidó cuando él tenía 21 años; poco tiempo después se suicida su madre; para completar semejante atmósfera de violencia y trauma, le sucede luego el suicidio también de su tío.

¿Le sorprende a alguien que un ambiente familiar así contribuya poderosamente a forjar un carácter cínico y duro en extremo? ¿Conoces algún gran déspota que se haya criado en un ambiente de ternura y amor familiar?

Estas tres herramientas que decíamos -actitudes, palabras y decisiones- son el instrumento que puede transformar una casa en hogar. Hay millones de casas en el mundo, pero ¿cuántas son un hogar? El hogar se caracteriza por el calor -calor de hogar- que proviene de la práctica del amor y es una de las mayores bendiciones que puede experimentar una persona en esta vida. Es la antesala del cielo.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN DURANTE EL MES Y PARA LA REUNIÓN DE GRUPO:

- 1) ¿Qué idea del tema te ha parecido más interesante para mejorar tu vida de amor familiar?
- 2) Indica tres maneras de demostrar el amor: actitudes, palabras y decisiones, de tu cónyuge (o de algún miembro de tu familia que no seas tú, para los solteros del grupo). En esta pregunta se trata de destacar algo bueno del otro y agradecer ese amor como don para ti y para la familia.